Por Por Marcos Urarte,
consultor estratégico y organizacional

La felicidad EN EL TRABAJO

Hace unos meses asistí a la fiesta de fin de carrera de unos estudios universitarios, donde se entregaban los diplomas a los nuevos licenciados en las distintas disciplinas. Estaba preparada a "la americana": muchos invitados, discursos, el coro cantando su himno y una lección de clausura, de cariz humanista, de un nivel que la hacía comprensible a todos los asistentes.

Los estudiantes de periodismo y comunicación, con la finalidad de amenizar el acto, prepararon un vídeo reflejando diversos aspectos de la vida universitaria. Recuerdo, como anécdota divertida, que mostraban la cafetería como el local más habitual y en el que los estudiantes pasaban más horas. El vídeo finalizaba con una entrevista –muy corta– a algunos estudiantes, ahora ya licenciados, de las diferentes carreras. La última pregunta que se les hacía a todos era: ¿qué quieres hacer a partir de este momento?

Como era de esperar las respuestas fueron muy diversas: seguir estudiando en el extranjero, poder investigar, entrar en un gabinete de abogados... pero, sorprendentemente y con unos ojos que reflejaban ilusión, uno de los estudiantes contestó: "Yo solo quiero ser feliz". Esta sencilla frase, este deseo tan simple, me hizo reflexionar. Puso en evidencia un hecho que debería ser el principal objetivo de nuestra vida, de cualquier vida.

Probablemente, y sin darnos cuenta de ello, este deseo ya interviene en muchas de las decisiones que todos tomamos continuamente. Quizás no lo pensamos, pero en nuestro fuero interno sabemos que cualquier propósito que hacemos afecta a la vida y, sin duda, a la felicidad. Aun así, no deberíamos arrinconar este sentimiento como un aspecto secundario y sería mucho mejor ser realmente conscientes de su importancia. Deberíamos reconocer y valorar la trascendencia de la felicidad en todos los aspectos de nuestra vida: familiar, social... y muy particularmente, en el ámbito profesional. Y, de esta forma, decidir en base a esta premisa.

No debemos olvidar que una tercera parte de la vida la *no-vivimos* durmiendo. La siguiente parte –similar en número de horas– la vivimos en el trabajo. Esta realidad, tan evidente y a la vez tan olvidada, nos indica que **la felicidad en el trabajo tiene un valor incalculable. Si queremos ser felices en la vida, debemos serlo también en el trabajo.**

> "Han aparecido unos nuevos valores que priorizan vivir plenamente

Es cierto que la felicidad es un sentimiento y, como todos los sentimientos, muy subjetivo y difícil de definir. No todos somos felices de la misma forma ni por los mismos motivos; cada uno percibe la felicidad a su manera. La expresión del estudiante "quiero ser feliz" puede ser el indicador que nos avisa de que la búsqueda de la felicidad es la primera prioridad en la vida de los jóvenes que llegan al mundo laboral.

Si no fuera porque estamos inmersos en el desenfreno del día a día, percibiríamos los cambios que se producen constantemente en nuestra sociedad. Cuando nos paramos y miramos atrás, con la nueva perspectiva, descubrimos, quizás con sorpresa, la transformación que se ha producido, que se está produciendo continuamente. Si hacemos esta mirada retrospectiva, notaremos que las principales finalidades que se querían conseguir eran una brillante carrera profesional y el

bienestar económico. En definitiva, triunfar en el trabajo era la primera prioridad, muy a menudo dejando de lado la familia, el ocio, el tiempo libre o, sencillamente, vivir.

Han aparecido unos nuevos valores que priorizan vivir plenamente, sin descartar la importancia del dinero y de las carreras profesionales, pero no por encima de todo. Se valora un aspecto que quizás había estado poco presente anteriormente: tiempo para la felicidad.

Esta evolución (¿revolución?) de nuestra sociedad no se ha producido de repente. Las causas han sido diversas y, probablemente, las han propiciado la bonanza económica de recientes años, la mejora en la educación, la seguridad en el trabajo y muchos pequeños motivos culturales y sociales que han cogido fuerza y han provocado esta nueva manera de pensar y de sentir.

Además, si somos capaces de analizar la situación en mayor profundidad, observaremos que hay otro aspecto muy importante a considerar. Veremos que esta nueva concepción de la vida se va extendiendo y se va contagiando. Ya no son sólo los jóvenes los que la quieren, sino que muchas de las personas que hace tiempo que trabajan tienen también esta visión. Les gusta trabajar, pero se cuestionan si vale la pena tanto esfuerzo y dedicación al trabajo, sacrificando su vida personal y familiar.

Unos estudios recientes, efectuados a profesionales con una experiencia laboral de cinco a diez años, indican que la parte económica (a partir de un mínimo diferente para cada uno) ya no es la más determinante. Predominan las relaciones humanas, el reconocimiento y la conciliación con la vida personal. En definitiva, buscan aquellos bienes intangibles que les puedan hacer más felices, dentro y fuera del trabajo.

Si aceptamos y analizamos esta nueva realidad de una forma totalmente objetiva, observaremos que los cambios que se han producido en los últimos años, en los distintos ámbitos del mundo laboral, no se han efectuado (salvando raras y singulares excepciones) en el sentido de mejorar la felicidad de los trabajadores. La felicidad no ha entrado todavía como uno de los parámetros a considerar como productivo.

Ha llegado el momento de creer firmemente que potenciar la felicidad también es rentable

Esta nueva situación, esta nueva circunstancia y esta nueva visión deben obligar a los políticos, los empresarios, los sindicatos y todos aquellos que tienen poder de decisión a hacer nuevos planteamientos dirigidos a buscar –y encontrar– las alternativas necesarias para conseguir la felicidad en el trabajo. Aquellos poderes que tienen en sus manos los instrumentos para efectuar los cambios en esta nueva, o no tan nueva, situación no le deberían cerrar los ojos, sino verla como una oportunidad de avanzar en la mejora de las relaciones y oportunidades laborales.

Es justo reconocer que no es sencillo incluir un sentimiento, tan subjetivo, en los parámetros a considerar dentro de las valoraciones de la productividad y de la rentabilidad. Es por ello que son necesarias la imaginación y las fórmulas atrevidas para superar los pensamientos caducos y conservadores. Deberán hacerse realidad aquellos planteamientos, en muchas ocasiones solo teóricos, de considerar a los trabajadores como partícipes de la empresa y verdaderos colaboradores. **La cultura de incluir la felicidad de los trabajadores deberá estar integrada en la empresa, de la misma forma que lo está la cultura de los resultados.** En el fondo, debe saberse ver ligada íntimamente.

Si se consigue esta simbiosis, se podrán plantear jornadas laborales más adecuadas a la vida familiar, el ocio, el deporte... Las jornadas partidas y compartidas, raras actualmente, serán habituales. Se abrirán las puertas al teletrabajo y la flexibilidad de horario, como unas opciones que ayuden a vivir mejor a los trabajadores y que aumenten su rendimiento dentro de la empresa. Al mismo tiempo, las relaciones entre compañeros se valoraran como verdaderamente positivas. Se promocionaran actividades complementarias, dentro y fuera del ámbito de la empresa, para conseguir "equipos de amigos" que formen verdaderos equipos de trabajo. La información y la formación continuarán siendo básicas para estimular la motivación y el crecimiento personal y profesional.

Aquellas empresas que consigan hacer felices a sus trabajadores, obtendrán el premio de tener las personas con mejor talento, las más fieles, las más motivadas y las más eficaces; en definitiva, las que podrán aportar un mayor beneficio. Ha llegado el momento de creer firmemente que potenciar la felicidad también es rentable. ■